

## AGENDA CIUDADANA

### LA(S) VIOLENCIA(S) NORTEAMERICANA(S)

Lorenzo Meyer

**Un Problema Antiguo.**- El tema de la violencia está hoy en el centro del debate público en Estados Unidos, sea como concepto o como problema concreto. El estímulo proviene de dos lugares distantes y distintos: Yugoslavia en Europa y Littleton, Colorado, en los propios Estados Unidos. El primero es la guerra aérea y de alta tecnología contra los serbios con la cobertura política de la OTAN y el segundo una matanza en un lugar improbable: una escuela preparatoria en una comunidad con un alto nivel de vida y sin problemas aparentes. Ambos representan desafíos para los que no se tiene una solución clara ni, menos, fácil.

Es un hecho que la violencia está en la esencia misma de la naturaleza. Probablemente el origen del universo fue una explosión de una magnitud inimaginable y desde entonces el cosmos es un sitio de cambios tan enormes como violentos. En el planeta, la vida es un proceso que mucho tiene de violento y agresivo y el hombre, como todos en el reino animal, debe de sobrevivir a costa de otros seres vivos, plantas o animales. Entre miembros de una misma especie, la lucha es una conducta funcional para la supervivencia de los más aptos.

En realidad, lo peculiar del género humano está menos en su agresividad --una característica que comparte con otras especies--, y más en su esfuerzo por dominar sus impulsos violentos y enmendarle la plana a la naturaleza mediante la ética: "no matarás". En la práctica, el esfuerzo ha sido una mezcla de fracasos y éxitos. Las guerras, masacres y asesinatos son los fracasos; los éxitos están en el día a día de la vida en sociedad como producto de una negociación institucionalizada, sin fin, y más o menos pacífica, de las

diferencias y antagonismos de personas, grupos, regiones y países.

El intento por comprender y controlar los múltiples aspectos de la agresividad humana va desde la explicación religiosa –la envidia asesina de Caín— hasta las teorías sociales, como las ya clásicas de Konrad Lorenz (On Aggression, 1963) o Erich Fromm (The Anatomy of Human Destructiveness, 1973). En la práctica, ni la religión ha evitado que el hombre sea el lobo del hombre ni las ciencias sociales han propuesto una manera eficaz de controlar su agresividad.

**Policía Mundial**.- En el caso de Yugoslavia, la idea inicial y central de la acción militar iniciada hace más de un mes en contra del régimen encabezado por Slobodan Milósevic es simple, clara y, finalmente, legítima: no debe permitirse al nacionalismo serbio volver a poner en marcha una política de “limpieza étnica” en Europa –esta vez contra los albaneses de Kosovo. Por sobre las reivindicaciones históricas que buscan hacer de la lejana batalla contra los turcos en ese lugar en 1389, el origen de la actual nación serbia, y por sobre la supuesta deuda de los albaneses en relación a los serbios –abandonaron el cristianismo y a los serbios por el Islam para ganar el favor de los conquistadores turcos--, está la legítima demanda de los kosovares de mantener la autonomía que les fue retirada en 1989-1990 por Milósevic y, sobre todo, su derecho a permanecer en lo que por siglos ha sido su patria.

Lo que ya no está tan claro, son tanto los aspectos prácticos y morales del procedimiento usado por Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, que en este caso han hecho a un lado a la ONU al no poder dominarla y han proclamado el derecho de intervención en defensa de los derechos humanos. En los hechos, Estados Unidos y sus aliados parecen tener menos preocupación por el bienestar de los albaneses y más por

imponer su solución en los Balcanes, un sitio que, sin control, puede llevar a serios conflictos en una zona que interesa directamente a Washington. Sin embargo, Estados Unidos y la OTAN quieren imponer su voluntad empleando a fondo la ventaja comparativa que les da su avanzada tecnología militar, bombardeando desde el aire a los serbios, sin tener que confrontarlos en su propio terreno. Inevitablemente, el uso extensivo y exclusivo de la fuerza aérea –incluidos ahora los helicópteros “Apache”--ha llevado, y seguirá llevando, no sólo a destruir tanques o puestos de mando sino puentes, refinerías, plantas transmisoras y la infraestructura de una sociedad no particularmente próspera como es Yugoslavia. Y todo ello sin lograr que caiga el régimen al que se acusa de violar los derechos humanos pero si causando bajas entre los civiles, incluidos a aquellos a los que expresamente se pretende proteger. Y es que el precio de minimizar la pérdida de vidas de soldados de la OTAN, es aumentar la guerra aérea y, con ello, la destrucción de bienes y la posibilidad de pérdidas de vidas civiles, ya que el “bombardeo de cirugía” y las “bombas inteligentes”, nunca lo son tanto.

Al tratar de imponer su voluntad sobre la del régimen autoritario de Yugoslavia de la manera “segura” –desde el aire--, Estados Unidos y sus aliados abrieron la puerta para que los serbios –mediante la acción terrestre directa-- aceleraran la brutal expulsión de la mayoría albanesa. La ola de refugiados kosovares a los países vecinos que se inició con los bombardeos, era previsible, pero aparentemente nadie en la Casa Blanca o en el cuartel general de la OTAN la previó pese a que para eso son sus estados mayores. Las escenas de humanidad desarraigada, apiñada en lodazales en las fronteras de Kosovo, sin alimentos, servicios sanitarios, atención médica o sitios donde guarecerse, resultaron excelente propaganda contra Milósevic pero un infierno para los kosovares. Sin embargo,

el sufrimiento anterior se hubiera reducido mucho si antes de bombardear, los aliados se hubieran preparado para recibir un éxodo que era inevitable si se atacaba a Milósevic sin desplegar fuerzas en tierra para impedir que la policía y los paramilitares serbios aceleraran su brutal política de “limpieza étnica”.

Hoy, la pregunta es: ¿para salvar a Kosovo y a Yugoslavia del autoritarismo habrá que destruirlos, como sucedió en Vietnam?. La mayoría de los Yugoslavos y los propios kosovares albaneses están siendo obligados a pagar un precio muy alto por una “política humanitaria” de la OTAN que hasta ahora no se anima a poner, literalmente, los pies sobre la tierra. ¿Se va a seguir bombardeando por tiempo indefinido a Kosovo y al resto de Yugoslavia? Es seguro que, finalmente, la OTAN va a tener que hacer tarde lo que no quiso hacer temprano: enviar a sus soldados a enfrentar a los serbios. El “nuevo orden internacional” del siglo XXI no parece que vaya a tener un inicio muy promisorio.

**Violencia en el Paraíso.**- La matanza que tuvo lugar el 20 de marzo en la escuela secundaria de Littleton, al sur de Denver, pudo haber sido mucho peor si las bombas plantadas de la cafetería de la escuela hubieran estallado, según el plan elaborado y puesto en marcha por los dos estudiantes que acabaron con la vida de doce de sus compañeros, de un profesor y, finalmente, con la de ellos.

El asesinato colectivo que tuvo lugar en la escuela preparatoria “Columbine”, en Colorado, ha producido una reacción más profunda en la sociedad norteamericana que cualquier cosa de lo que haya sucedido en los Balcanes. El que estudiantes aparentemente normales, incluso brillantes, pertenecientes a un estrato social acomodado en una sociedad rica, en plena expansión económica y segura de si misma, reaccionen de una manera tan destructiva a las humillaciones de que fueron víctimas por parte de sus

compañeros --haciendo realidad las fantasías adolescentes de venganza--, ha creado una sensación de incertidumbre a lo largo y ancho de la sociedad americana, por la inseguridad psicológica que genera el que ocurra lo que se supone que no debería haber ocurrido nunca.

La adolescencia, se sabe, puede ser una edad muy cruel. Físicamente, los jóvenes tienen ya las características del adulto, pero emocionalmente son muy inmaduros. Los adolescentes, como los niños que no hace mucho eran, son tan egoístas como brutales. Sin pudor, abierta y violentamente, la mayoría busca la aprobación de sus pares cohesionándose y excluyendo y humillando al más débil y al distinto. La mayoría de las víctimas, pasado el tiempo, se sobreponen aunque llevan la cicatriz de la herida por siempre. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, un par de jóvenes víctimas de la crueldad natural de sus compañeros actuaron y llevaron su fantasía de revancha a la realidad y al límite: eliminándose a si mismos sin importarles el daño a sus familias, pero no sin antes hacer pagar también un precio terrible a aquellos que les habían hecho penosa la vida diaria en esa sociedad masiva e inevitable que es la escuela pública.

Para el ciudadano y para las autoridades norteamericanas el problema es que la tragedia de Colorado no es un hecho aislado, sino el eslabón de una cadena --el más sangriento--, pues en los últimos 18 meses ha habido seis casos de violencia extrema en las escuelas. Y la recurrencia exige una explicación y una acción. Seguramente los mecanismos institucionales de Estados Unidos van a crear una comisión para investigar el problema y proponer soluciones, pero desde ahora se sabe que no hay una respuesta clara y que las variables que intervienen de este tipo de hechos son muchas. Para empezar, la ya muy conocida: la facilidad con que en Estados Unidos se puede conseguir

un arma aunque sea de manera ilegal. Las usadas en Littleton (semiautomáticas de 9 mm. de fabricación local) se pueden obtener de segunda mano en el mercado negro a un costo que varía entre 85 a 150 dólares, sumas al alcance de un adolescente de clase media. Detrás de la disponibilidad de armas en la sociedad norteamericana, está una industria que comercializa ahí cuatro millones de rifles, pistolas y escopetas por un valor de dos mil millones de dólares al año, y que cuenta con cien mil establecimientos de venta al menudeo, más un grupo de presión políticamente muy efectivo que sostiene que es un derecho constitucional de los norteamericanos el poseer armas, incluso rifles de asalto: la National Rifle Association.

A la abundancia relativa de armas, se le debe de añadir una cultura del entretenimiento para niños y jóvenes donde se exalta la violencia indiscriminada y que va desde el tradicional *comic*, pasando por programas de televisión, películas y canciones hasta llegar al vídeo juego. En esa cultura, el héroe impone su voluntad y sus valores a todo y todos lo que le rodea a punto de pistola, proyectiles teledirigidos, bombas, rayos láser, etcétera. Al final de cuentas, en esos escenarios, es la razón de la fuerza la que triunfa. Ahora bien, hay que reconocer que esta industria de la violencia como entretenimiento se ha extendido a una buena parte del mundo y, desde luego, a México. Sin embargo, no en todos lados los adolescentes frustrados quieren y pueden tomar una revancha asesina con la frecuencia con que últimamente ha ocurrido en Estados Unidos.

La figura de Hitler —el mismo un resentido social por la marginación que vivió en su adolescencia y juventud— y ciertos elementos del nacionalsocialismo, eran parte del mundo de los jóvenes asesinos y suicidas de “Columbine”. Desde hace tiempo el neonazismo ha resultado atractivo para jóvenes que se sienten marginados; el símbolo

más acabado de la maldad en este siglo, aparentemente, les ayuda a desarrollar un sentimiento de pertenencia y a justificar su recurso a la acción violenta y al racismo. Esta también el argumento de “la pérdida de valores religiosos” pero el hecho es que la religión organizada tiene hoy en Estados Unidos más presencia que nunca, con alrededor de 300 mil iglesias, sinagogas y mezquitas en todo el país y que compiten ferozmente por el público.

**En Suma.**- El recurrir a la violencia para resolver problemas individuales, de grupo o nacionales no es privativo de los Estados Unidos, el fenómeno se da en todas las sociedades. Ahora bien, la violencia es general pero puede tener características nacionales. En la relación de choque de Estados Unidos con el exterior, se acentúa la insistencia en caracterizar al contendiente como el agresor y negar legitimidad a su reclamo (a la guerra con México, por ejemplo, se le llama “la guerra mexicana”, y se insiste en que México fue el agresor). En el caso de Yugoslavia la tendencia se reafirma. Desde hace tiempo, los norteamericanos consideran que el evitar bajas propias justifica el aumentar las posibilidades de causarlas en la población civil del adversario y destruir su infraestructura. Vietnam es otro ejemplo de ello.

El énfasis que se da en la sociedad norteamericana, en particular en las escuelas, al éxito de los mejores en la competencia deportiva –que se presenta como un símil de la vida en general--, lleva a que los jóvenes menos aptos sueñen con cobrar venganza, y algunos lo hacen. Al final, el de la violencia es un problema general, y cuando las campanas tocan a muerto en Estados Unidos, tocan por todos nosotros.

